



## Roberto Fragomeno

Arnoldo Mora. *La filosofía latinoamericana. Introducción histórica*. San José, Costa Rica: Editorial EUNED, 2006

*...las afirmaciones categóricas  
no son caminos de convicciones  
sino de polémica...*  
J. L. Borges

### Asimilaciones a granel

1. Este libro es un archivo, una suerte de fábrica cultural u órgano laboral emancipado. Quiere tener a resguardo la memoria lectora de los latinoamericanos y promover la simbólica voz colectiva de una nación dividida y en peligro.

Si América Latina es una nación no será para transformar su concepto en nacionalismo irracionalista o en un autoctonismo a la usanza romántica, sino que, como cuerpo social objetivo, orden material y orden simbólico, la nación sea la prolongación del cuerpo histórico. Será ampliar la individualidad hasta alcanzar en ella los límites de su geografía y para que sus habitantes sean los compatriotas.

Porque América Latina no es un dato, es una tarea y esa tarea es un concreto histórico viniendo desde lo abstracto individual de la ideología dominante. Por eso, Mora pertenece a esa generación de intelectuales que ha trabajado en la fundación de cuerpos nacionales, con el mérito de no haber tragado la ecuación envenenada de “soberanía nacional” = “modernización política y económica” porque eso es lo que le ha pasado a muchos nacionalismos populares y también a los nacionalismos étnico-metafísicos: superado el colonialismo se han perdido en las escaleras del mercado mundial.

Asimismo, Mora ha intentado hacer de la crítica, una noción cercana a la autonomía textual y de la crítica textual una plataforma de emancipación intelectual. Entonces, América Latina piensa y la “cosa” que piensa es la cosa política. Esto hace a una filosofía latinoamericana aunque no a una Latinoamérica filosófica.

Lo político atrapa doblemente a la filosofía: le proporciona problemas, ya que políticos son los problemas que intervienen en la constitución de eso que piensa el pensamiento y porque, al mismo tiempo, lo político es la inquietud en la que el pensamiento se desfundamenta. Por ello “América Latina” y “filosofía” distan de ser vocablos que remitan a objetividades estables.

El profesor Mora, cuando caracteriza al filósofo latinoamericano, lo hace depender, no solo de su historicidad sino también de la politicidad de su intención reflexiva, que se endereza (o debería enderezarse) a la realización práctica del concepto, lo que para los latinoamericanos viene a significar la emancipación nacional y continental hecha en tensión con la recepción hermenéutica de la tradición.

En ese aspecto, este libro es imposible de combinar con alguna estabilidad confiada. Su conciencia interna es la fenomenología política de un ego enciclopédico. Así tenemos, por un lado, una historia latinoamericana como la mala forma de un mito fundador que hay que corregir o refundar con una praxis popular y, por otro, una ilusión de singularidad histórica que solo proviene de la autoconfianza del autor de este libro que, en el mismo movimiento que cita

elogiosa y acríticamente a Heidegger y a Marx, previene contra el seguidismo cultural.

La estrategia del Dr. Mora es la de la reconstrucción historiográfica que, más que una exposición cronológica, es un método de cercioración con el que se dibuja el contorno de la conciencia de sí, a través de un horizonte de comprensión sobre expectativas vitales como mundo cultural y comunidad política.

Y esto no podría ser motivo de censura, salvo para funcionarios de un trivial archivo filosófico colmado, además, de jergas, recelos y preveniciones que producen escrituras inspeccionadas. Los conceptos que alientan problemas de muchos siglos de filosofía, esas palabras de gran legado universal, pueden ponerse bajo sospecha pero no en el estilo conservador posmoderno, porque éstos en cuanto creen estar apartándose del "esencialismo" lo que están haciendo es abandonando el pensamiento intenso.

Es cierto que hay que estar protegido de las fundamentaciones fijistas, definitivas e inapelables, hijas de matrices heroicas. La filosofía toma de la academia su historicidad añeja y no sus asépticos formularismos actuales; toma el vigor de ciencia por aquello de la aventura intelectual y no por el vocabulario de la burocracia de los laboratorios; toma de la vida cotidiana ese vocabulario lleno de creatividad antes que la rutina de los medios de comunicación y, por supuesto, se actualiza como necesidad de hombres y mujeres modernos y no por mor de una razón administrada.

2. Empujado por su vocación archivística, la pretensión de este libro es tan exagerada que en él, se dan cita casi todos los filósofos clásicos y, por si esto fuera poco, setenta y siete pensadores latinoamericanos con nombres propios y rostros precisos, (aunque sorprendentemente falte el que Mora tiene más cerca, que es Helio Gallardo o tal vez por eso) no todos ellos filósofos pero si filosofantes en la ubicación que les asigna Arnoldo Mora. En muchos de ellos se trata de filósofos sin filosofía que encarnan las disposiciones de gestión de una época.

Y digo ubicación porque aquí no encontraremos explicación ni interpretación de estos filósofos. Ciertamente es poco lo que podemos analizar, aprender y criticar si el autor ha

decidido dedicarle, por ejemplo, una página al Che Guevara; dos páginas a Mariátegui o cuatro a Hinkelammert.

En esta arquitectura bárbara es difícil constituir una filosofía que pueda ser abarcadora de esos puestos de sentido. Y no creo que esto se solucione diciendo que los latinoamericanos no somos occidentales pero si "occidentalizados". Esta pirotecnia verbal no resuelve la relación entre la filosofía europea y la nuestra porque no resuelve el espinoso asunto de si nosotros los "occidentalizados" podemos hacer algo "occidental", es decir, filosofía, sin occidentalizarnos.

Aquí hay idiomas singulares y dramáticos de por medio: griego, latín, francés, inglés y alemán que no logran diluir la frontera moral e intelectual de la textualidad latinoamericana pero que no, por eso, pueden tragarse inocentemente como si uno estuviera escribiendo la apología del arroz con leche.

Y lo que también hay y que Mora olvida, es el rasgo trabajado y dramático de *toda* elaboración de pensamiento. El pensar europeo no es modélico por ser europeo, sino porque su tejido más íntimo es una larga memoria de lucha contra sus propias tendencias coloniales, patriarcales e instrumentales. Por eso mismo no pueden ponerse en continuidad a Platón con Marx o a Kant con Nietzsche, como hace Mora.

Ahora bien, ¿no será que esta abundancia irreflexiva es un problema filosófico que no puede disolverse pues evoca el inconveniente específico de nuestros compromisos con el juicio histórico? ¿No será que, por ser latinoamericanos, estamos siempre entre el resurgimiento de la conciencia emancipada y las escrituras complejas?

Porque uno podría preguntar como la Latinoamérica actual condiciona el pensamiento de un modo particular. Para esto sostengo una hipótesis: se trata de evitar la desintegración y si hay algo así como un pensamiento latinoamericano, este se hace en extrema precariedad, al borde del ser y no en una adecuación respecto de una identidad previa que le otorgue la tradición.

¿Cómo funciona, para un latinoamericano, la exigencia de ser latinoamericano? Quizás sea eso la filosofía latinoamericana: un yacimiento de imágenes y deseos, más o menos disponibles, para seres que se preguntan por su existencia desde sus carencias.

